

LA FANTASIA DE DIOS (ASUNCIÓN)

El inicio y el final de la vida terrenal de María corresponden al cumplimiento del proyecto que Dios tiene sobre la humanidad: creados para llegar a ser hijos suyos, realizamos esta filiación en la vida cotidiana mediante la puesta en práctica de un amor que asemeje al de Dios y continuamos nuestra existencia junto al Padre sobrepasando el umbral de la muerte.

La Iglesia presenta a María como modelo perfecto de este itinerario: su ingreso en la existencia terrena es celebrado en la fiesta de la Inmaculada y su entrada en la esfera de Dios se conmemora en la fiesta de la Asunción.

Al igual que en el caso de la Inmaculada Concepción, la Asunción de María es otro de los dogmas recientes (Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus*, 1950) que no tienen ninguna raíz directa en la Sagrada Escritura, pero que pertenecen con todo derecho al patrimonio de fe del pueblo cristiano.

La Asunción es, de hecho, una verdad de fe nacida no a partir de la especulación teológica, sino a partir del sentido común o de la intuición de la gente, y en el pasado era una festividad tan importante que no desmerecía a la Navidad, la Pascua o Pentecostés, las tres grandes solemnidades del año litúrgico.

Pero debemos preguntarnos qué puede significar hoy para nosotros celebrar dicha fiesta. ¿Se nos invita a quedar una vez más perplejos, llenos de estupor frente a los numerosos y extraordinarios privilegios que Dios derramó abundantemente sobre María?, ¿o bien estamos ante una propuesta, una posibilidad de vida válida para todos los creyentes?

María “asunta” al cielo es el sello de Dios, su firma sobre la humanidad, la creación de un ser humano que se deja invadir plenamente por la acción vivificadora del Espíritu Santo: “Dicha glorificación es el destino de todos aquellos que Cristo ha constituido hermanos”, afirmó Pablo VI en la *Marialis cultus* (6), el documento pontificio que propició una nueva forma de conocimiento de María.

Por tanto también nosotros, si introducimos en nuestra vida una cualidad de amor que asemeje a la de Dios, desde ahora, como afirma el apóstol san Pablo “estamos sentados en el cielo, con Cristo Jesús” (Ef 2,6), somos como él vencedores de la muerte y seguimos viviendo para siempre (Jn 11,25), tal como implora la Iglesia el 15 de agosto: “que también nosotros podamos, por intercesión de la Virgen María, llegar hasta el Padre en la gloria del cielo”.

Dios no ha creado al hombre para la muerte, sino para la vida, para una vida que puede alcanzar la misma cualidad divina, y ser, por ello, inexpugnable e indestructible.

La fiesta de la Asunción nos recuerda y nos estimula a ser aquello que podemos ser.

Nos recuerda que somos importantes a los ojos del Padre, que desea alzarnos a su mismo nivel.

Nos estimula porque al anhelo del Señor de hacernos semejantes a él debe corresponder también nuestra decisión de vivir una vida de una cualidad tal que sea indestructible y capaz, por consiguiente, de durar para siempre.

Para María, la Asunción no fue un premio recibido por sus méritos especiales, sino la conclusión lógica de su existencia, que desde Nazaret se orientó siempre en la línea del servicio, del amor, de la vida, por tanto. También cuando elegir no era fácil ni lógico, incluso en las situaciones más

dramáticas, María optó siempre por la vida.

María se fió de la fantasía de Dios.

Esa fantasía que transforma todas las cosas para el bien (Rm 8,28), y hace que eso que parecen piedras sea, en realidad, pan (Mt 7.9). La fantasía de un Dios que escoge lo que en el mundo es despreciado, para hacerlo objeto de su amor (1 Cor 1,27-30; Sant 2,5). Fantasía que se siente atraída por las situaciones más difíciles y desesperadas para hacer brillar la potencia de su amor.

Es la fantasía de Dios la que permite que una muchacha anónima de un pueblo perdido y de mala fama sea proclamada bienaventurada por todas las naciones y por todos los siglos (Lc 1,48).

La ascensión es la coronación lógica de la vida de María y de la fantasía de Dios: Dios quiere consigo a una mujer, ese ser marginado que no podía ni tan siquiera poner sus pies dentro del santuario. El Señor la eleva a su misma dignidad y elimina la distancia que le separaba de la humanidad.

Y nosotros hoy no debemos quedarnos a contemplar atónitos el cielo (Hch 1,11), sino hacer de modo que también nuestra vida sea una fiesta de la fantasía de dios. Experimentar que no existe el fracaso, no existe el pecado, no existe angustia alguna que el Padre, en la potencia de su amor, no pueda transformar en vida. No existe culpa que no pueda llegar a ser una “feliz culpa” como canta la liturgia del sábado santo.

También para nosotros la vida eterna no será un premio a recibir por la buena conducta observada durante nuestra existencia terrena, sino la acogida de un don de amor de aquél Padre que desea que ni siquiera uno de sus hijos se pierda (Jn 6,39).

La ascensión es la fiesta y la condición de todos aquellos que han sabido ser fieles al amor llevando a plenitud el proyecto de Dios hacia el ser humano.